

Tiene que volver a resonar esa palabra: Libertad!

"Tiene que volver a resonar esa palabra en que viene recogiendo-se ya de tiempo atrás un excelso ideal de nuestros pueblos: LIBERTAD. Libertad que es a un tiempo don y tarea, Libertad que no se alcanza de veras sin liberación integral (Cfr Jn. 8, 36) y que es, en un sentido válido, meta del hombre según nuestra fe, puesto que "para la libertad, Cristo nos ha liberado" (Gál. 5, 1), a fin de que tengamos vida y la tengamos con abundancia".

(Puebla, n. 321).

Sobre las pesadas losas de las vías romanas, en las guarniciones y los pretorios, en medio del ajetreo de los puertos mediterráneos, nadie se había apercibido todavía de ello. Algo se venía gestando. Pronto las tensiones entre los judíos y una nueva categoría de hombres van a centrar la atención de todos. Un día un emperador hace oír la señal de alarma y se desata la persecución.

Lo que pasa es que esos hombres se mostraban poco sensibles al carácter sagrado de las autoridades. Parecía como que llevaran en su interior un secreto, una libertad que les permitía enfrentar a todo y a todos. Se va gestando un rechazo, una rebeldía ante las armas, la ley y el culto al César. Estos hombres van minando las instituciones y provocando una pérdida de rigidez que acompañaba al legalismo cívico. Estos hombres eran sorprendidos frecuentemente en flagrante "delito de libertad". Eran libres con una libertad desconocida hasta entonces... Esos hombres eran libres ante las estructuras sociales del momento, libres ante sus jefes sacralizados, eran libres ante sus dioses. El secreto de esta actitud se apoyaba firmemente en dos palabras griegas, breves como una consigna: *Iesous Kyrios*, Jesús es el Señor.

Ese Jesús había muerto un 14 de Nisan, hacia los años 30 de la era que se llamaría cristiana. ¿Quién será ese Jesús? ¿Por qué esa actitud en sus seguidores? La consigna de los obispos latinoamericanos en Puebla para sus comunidades, para responder al momento presente de nuestra historia latinoamericana, se funda en ese mismo hecho, en esa misma persona que fue un grito de rebeldía ante todo lo inauténtico, todo lo opresor, todo lo ambiguo y mentiroso, todo lo que hace al hombre menos hombre. Para los cristianos de ayer y de todos los tiempos, ser libres y ser liberadores en la situación que les toca vivir, es un imperativo. Ante la libertad o la opresión, no cabe alternativa para ellos, no hay otra postura que la tomada por su única referencia: El Señor Jesús.

JESUS, UN HOMBRE LIBRE

Para quien se acerca a leer el Evangelio sin prejuicios, lo primero que le impresiona es la imagen de la personalidad de un hombre libre. Marcos define esa libertad de Jesús a partir de la palabra con que la opinión de los oyentes de Jesús la caracterizaban: *autoridad*. Dice que "se maravillaban de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los sabios" (Mc 1, 22).

Esa "autoridad" denota una manera de hablar, indica cierta libertad y facilidad, evoca la plenitud de una presencia atenta a todo y a todos. Se manifiesta en todo el conjunto de relaciones con su ambiente y en esa manera de ser (ante sus familiares, los escribas y fariseos, las personas de mala reputación, los amigos, los que tienen en sus manos el poder etc.). De ahí se desprende el perfil de la personalidad de Jesús cuyo elemento más visible es la libertad.

Ante sus familiares, Jesús no permite que le vayan dictando su conducta. Por eso los suyos pretenden que ha perdido el juicio. Jesús no se siente atado a los lazos de parentesco, más aún, es libre ante la estructura familiar imperante. También a sus discípulos les exige Jesús esa libertad frente a su familia. Jesús no es ni el hombre de una familia, ni el de una aldea o tribu. Va más allá de los imperativos familiares y tribales. Los nazarenos lo saben, y por eso lo rechazan.

Sin embargo, esos imperativos eran poca cosa ante la presión social ejercida por las castas religiosas dominantes, ante quienes chocará mil veces frontalmente Jesús: los escribas, los fariseos y los saduceos. Jesús se mostró muy duro con ellos.

La libertad de Jesús ante los intérpretes oficiales de la ley no se presta a equívocos. Los fariseos, escribas y saduceos son atacados como clase dominante, que retienen indebidamente el poder de interpretar la ley. Jesús condena su función social, quiere romper su poder, y en esto es donde demuestra claramente la radicalidad de su libertad.

Su rebeldía contra los maestros de la ley es una rebeldía en favor de los pequeños. Porque los amos les imponen un yugo insostenible. Ignoran que Dios les hace libres. Imponen a Dios sus conveniencias sociales y sus reglas. En realidad Jesús devuelve a Dios su libertad, transgrediendo el poder de los escribas y fariseos, y rechazando los fundamentos de su "autoridad".

El hombre libre, como Jesús, no actúa ni juzga animado por la lógica en uso, sino sólo animado por la lógica de la verdad (Jn 8, 32) de las cosas y de las personas. Esto le permite relativizar lo que no es absoluto. De aquí que el hombre libre sea liberal e irradie en su entorno una situación nueva de libertad. Frente a la dureza intransigente de los celosos

guardianes de la ley y de las tradiciones (que aparecen en cualquier sociedad cultivada de miedo y temor) los hombres libres denuncian la chatura y pusilaridad al fijar la atención de los hombres en su propia verdad. Los hombres acostumbrados al pánico y a la angustia religiosa, difícilmente se llegarán a sentir libres para actuar, pensar o elegir. Únicamente el descubrimiento y el seguimiento del hombre libre Jesús en toda su frescura, originalidad y exigencia les mostrará la mentira reinante y les ofrecerá la verdad.

LA LIBERTAD CONTAGIOSA DE JESUS

Ni la libertad ni la autoridad de Jesús, es importante resaltarlo, lo separan de los pobres y de los pequeños. Todo lo contrario. Sería enorme equivocación imaginarse a un Jesús lejano y situado por encima de los demás. Su proximidad al pueblo muestra, por el contrario, que su libertad fue sencilla como la de un niño. Está siempre junto a ese pueblo humilde ignorado por los letrados, que lo desprecian porque no sabe nada de la ley (cf. Jn 9, 34) y cae constantemente en transgresiones.

Jesús está libre de prejuicios sociales. Va incluso tan lejos que se atreve a asegurar que los publicanos y las prostitutas precederán en el reino de los cielos a los escrupulosos guardianes de la ley. Jesús demuestra siempre su libertad frente a la presión social y frente a sus normas de conducta y de juicio.

No menos libre se manifiesta en la elección de sus amigos. Su misma amistad con mujeres ya era un escándalo para la mentalidad de la época, pero se estilaba en un asceta y menos en un profeta o en un maestro.

Pero en realidad Jesús no tenía nada de asceta, de persona tensa hacia la perfección (Mt 11, 16-19). No se retiró al desierto a vivir en el ayuno y la ascética. No desdeñaba asistir a las fiestas, beber buen vino. Resultaba totalmente escandaloso anunciar el reino de Dios y tener una forma de existencia comparable a la de la gente ordinaria. Pero Jesús enseñó el camino de Dios con libertad. Y eso es lo que levantó la oposición. Se le reprocha vivir según usos y costumbres que no estaban bien vistos y que podían presentarle como pecador. Esa libertad, ningún hombre temeroso de Dios se atrevería a concederle. Eso era una amenaza para el equilibrio social y religioso de la época.

No hay duda, la libertad y la autoridad de Jesús explican las tensiones y los conflictos que finalmente lo llevarán a la condenación y a la muerte.

La predicación de Jesús acerca del reino de Dios es una proclamación entusiasta; el entusiasmo de Jesús despierta entusiasmo, su carisma actúa de modo fascinante, atrae seguidores detrás de sí. Evidentemente el entusiasmo de Jesús brota de su libertad, su atracción y contagio también. Eso lo hace peligroso y padecerá persecución. Sus seguidores de todos los tiempos tampoco escaparán a esa lógica.

JESUS ES LIBRE ANTE DIOS

Pero lo más sorprendente de todo es que Jesús no es sólo libre ante los hombres. "No contento con violar el sábado, llamaba a Dios su propio Padre". Aun ante el Dios del judaísmo, Jesús se comporta como un hombre plenamente libre. Le llama familiarmente Abba. Vive sin cesar con El; anuncia su proximidad en los mil detalles de la vida. En nombre de ese Dios, ante quien se siente plenamente libre, enfrenta la concepción sagrada del Templo, derriba las mesas de los cambistas y se opone a las jerarquías establecidas.

Por ese Dios va a los marginados, los enfermos, los despreciados y pecadores. Por revelarlo hace tambalearse una religión y una moral establecidas. En su nombre invita a todas las liberaciones. A esta misma libertad invita a todos los hombres.

Jesús contagia libertad por las iniciativas que toma en nombre del Padre. Esa inmensa y contagiosa libertad es la del amor recibido y dado. Esto es lo que han captado nuevamente los obispos latinoamericanos en Puebla, inspirados en el mismo Jesús. Ojalá no cunda "el miedo a la libertad" y no se frene la pujanza de esa nueva Iglesia, "red de comunidades de base", que está surgiendo por todas partes. Ellas se entroncan en la sabiduría de esa libertad de todas las opresiones deshumanizantes denunciadas por Jesús y encarnan una inmensa libertad para crear una sociedad que encarne los valores anunciados por el mismo Jesús de Nazaret. ◊

Luis Pérez Aguirre.

No se puede ser discípulo de Jesús y compartir sin más las ideas comunes sobre Dios... Hay que tomar nota de la originalidad de Jesús en materia de religión... no tanto porque él se presentase como Hijo de Dios, sino porque hizo jugar a Dios un papel que trastornaba las opiniones recibidas hasta entonces.

Jesús no propuso una doctrina original sobre Dios. El debate entre Jesús y sus adversarios versó sobre la manera de implicar a Dios en los asuntos humanos. Jesús prestó la mayor atención al papel que se hacía jugar a Dios en la sociedad...

Lo nuevo en el caso de Jesús es que invoca a Dios como Padre en una acción liberadora (p.e.: actitud de Jesús respecto al sábado, al Templo, etc.). Lo que constituye la originalidad de Jesús respecto a Dios no es que él le llame "Padre" sino que en el nombre de ese Padre toma iniciativas que liberan a los hombres de toda clase de trabas que parecían estar ligadas a la religión de Israel. Estas iniciativas fueron consideradas como diabólicas por los jefes responsables de la ortodoxia. Jesús pretende, por el contrario, que son suscitadas por el Espíritu (Mc 3, 20-31).

Jesús no enseña una doctrina acerca de la paternidad de Dios llena de originalidad en relación a la religión judía de la época. Lo que es nuevo es que Jesús, por su acción en el nombre del Padre, designa a Dios como el destructor de toda opresión, aunque fuese la de la religión. Para comprender lo que es la "paternidad" de Dios para Jesús hay que unirlos a sus acciones proféticas.

(Ch. Duquoc, Dios diferente, PPC, 1978).